

Javier
Pérez Walias

OFICIO Y
CONFESIÓN



AULA LITERARIA JESÚS DELGADO VALHONDO

Javier
Pérez Walias

OFICIO Y
CONFESIÓN



aula

Juan Diego Vallmola

Organiza:

aeeex asociación de escritores extremeños

Colaboran:

JUNTA DE EXTREMADURA

CONSEJERÍA DE CULTURA E IGUALDAD

IES ALBARREGAS

IES EMÉRITA AUGUSTA

IES SANTA EULALIA

ESCUELA DE ARTE

BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL JUAN PABLO FORNER DE MÉRIDA



PARADORES
Mérida

|FUNDACIÓNCB



DIPUTACIÓN
DE BADAJOZ

Ilustración Portada:
CÚKOI VIVIDAS

Maquetación e Impresión:
Artes Gráficas Boysu, s.l.

Dirección:
ANTONIO ORIHUELA
ELADIO MÉNDEZ
ABEL HERNÁNDEZ

El programa de Aulas Literarias de la AEEX obtuvo en 2007 uno de los Premios al Fomento de la Lectura concedidos por la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Extremadura.

EDICIÓN NO VENAL

OFICIO Y CONFESIÓN

TODA manifestación literaria, y en concreto la de la expresión poética, encierra en sí misma una cadencia irredimible, un impulso para la confesión semejante a la sencillez del latido de un reloj de arena. Un mecanismo para la confianza, para la complicidad, que se pone en marcha, con lento caminar, desde la nostalgia de lo perfecto y cerrado, permitiéndonos sobrevivir dentro y fuera de las aguas extrañas del lenguaje, como si fuéramos seres anfibios —por la propia epidermis de las palabras—, respirando nuestra realidad más íntima. Este hecho nos otorga toda suerte de indagación en sensaciones que se originan a flor de piel, que emanan de roces, de encuentros y desencuentros, inadvertidos tal vez para el que está al otro lado. De esta manera, por el cauce del lenguaje y del entendimiento, fluye el agua clara de las palabras, con música, convirtiendo surcos de lo efímero en concreción de lo profundamente humano y común. Así, por mor del enfoque casi encelado de esta lente, que es la poesía, podemos rescatar, desde la oscuridad recóndita de nuestro sentir, lo esencial de nosotros mismos y transmitirlo, para hacerlo palpable y visible, a nuestros semejantes.

(de *Otrora*, 2014)

INCLUSO en estos días
en que llega el mes de octubre
llorando otoño

el humo de los barcos
penetra
en nuestra casa
a través de los visillos

incluso ahora
que llega el *humo de los barcos*
llorando invierno

el mes de octubre
penetra
en nuestras almas
a través de los versículos

(de *Impresiones y vértigos de invierno*, 1987)

9ª

POÉTICA PARA UN ALFARERO

A TRAVÉS del fuego
y de la sangre
el barro se transforma,
como cada amanecer de abril,
en la visión vertical del alma
o en la quietud del pájaro.

(de *Ceremonias del barro*, 1988)

A VECES NOS LLEGA EL TEMBLOR

DE pronto se abre
la ausencia
y llega
como nos llega el temblor.

Entre estas piedras en soledad
duermen las caricias
que proporciona el vacío,
la certeza y la lluvia de los años
que nos moja al alba
finísima,
entre la nostalgia y el recuerdo.

Sentado, solo y en el principio,
con las primeras horas de la mañana,
como quien espera la redención por unos ojos,
por todos los ojos de las estrellas
o por los ojos vacíos
de un pájaro
o por los ojos que miran
la espuma del mar próxima
a los ojos.

De pronto se abre la ausencia
y llega el silencio
como nos llega el temblor
ante la muerte.

En mi cuerpo una brizna de musgo,
tal vez,
en mi voz.

GARGANTA DE LOS INFIERNOS

Las orillas de los ríos encierran un misterio.
El misterio
de cuántos atardeceres iluminados por la luna.

Mas la luna menguante de tus años
ya duerme tranquila,
arrullada por la corriente sonora de las aguas
en el fondo
del pilón.

Mira,
mira callado el silencio frío
de esta sierra.

CAE MARZO SOBRE NARROS Y AÚN NO ES PRIMAVERA

Para Rosa Carabias y Rafa Carralero

AHORA, cuando marzo cae
como una constelación sobre Narros,
ahora que la tarde busca los colores ocres del último otoño,
nos acercamos a la casa donde habita el gesto de los caballos que sueñan.

Llegamos a la casa donde la luz
gotea
aun por los tejados,
por los muros y las paredes
buscando lenta el movimiento en los cerrojos y picaportes,
en los huecos bajo las puertas,
en el hueco del umbral que colma y hace feliz la espera.

¿Por dónde, si no, alumbrar el pensamiento?

La tarde cae
como una llovizna celeste sobre los campos.

A este lado de las lindes
nos aguarda, entre bastidores y troncos de arboledas,
el ventanal que ha dibujado la niebla tras de sí
en su inútil
y perezosa desbandada.

El aliento es para la vida
como la existencia lo es para el paisaje de los mundos.

Desde aquí,

desde este ventanal, por las galerías del aire,
las manos y las miradas apuntalan los deseos,
nos conmueve el curso firme de las nubes,
nos conmueven los nudos de plata, los nudos de cobalto
—pintados—

para sentir la lluvia
o sus cristales

y las flores en el jarrón de nieve fugaz tras el invierno.

La mirada es la ausencia transparente
para así nombrar el abismo de los mundos.

Y a cada instante
por el interior de no sé qué chimeneas sobrevuelan pájaros
y se detienen en los alambres de los palos rotos
y cada rama en su tabla es un árbol de luz y de silencio
por el que los recuerdos galopan como el gesto de un caballo que implora.

Y a veces huimos.

Huimos del plomo del tiempo por los paisajes que soñamos,
desde las estancias de las sábanas más blancas
hacia las estancias grises,
huimos hasta las habitaciones en lo más alto
o hasta el pequeño desván donde anidan los mirlos de la tristeza.

Yo sé que tú amas las habitaciones del fondo,
las de los colores húmedos,
las alcobas de los pinceles,
las anegadas por el mercurio y el azufre en las alacenas,
las habitaciones de los universos y los días habitables,
las que se iluminan al otro lado de los caminos:
aquellas que sobreviven siempre a la nostalgia
debajo de los carruajes o en el regazo hermoso de los planetas.

A menudo la oscuridad es un pincel para el dolor de tanta luz
y se tiende junto a nosotros como un animal vivo.

(La línea del horizonte se agita ante los ojos
y se mueve el aire
sereno
fuera y dentro de la casa.)

El ventanal —*Narros. Cinema Paradiso*—
por el que todo pasa lento, pero pasa todo, se ha abierto en estampida,
como se abre cada amanecer en claridad,
para iluminarnos el alma.
Cae marzo sobre Narros y aún no es primavera.

(de *Cazador de lunas*, 1988/2007)

LA MIRADA DE UN NIÑO ES COMO LA MIRADA DE UN PEZ

*En tus ojos se inmoviliza la tristeza; no es aún tu tristeza,
pero me miras.*

ANTONIO GAMONEDA

EL agua del río tocó tu frente como nos toca el viento cálido,
tu frente era como la de un pez que se agita boqueando junto a la orilla.

Al otro lado de los palmerales no hay más que arena blanca y silencio
y cuatro paredes de barro.

Más allá de la franja, más allá de los émbolos verdes que engrasan
la sonrisa y el llanto dentro y fuera de las aguas del río
no hay sino mudas lenguas de fuego
sobre la arena tristes
y arden sobre la arena tristes las brújulas y los correajes de las sandalias.

Pero un relámpago desnudo, una barquita azul
—tan solo—
se desliza sobre las dunas, sobre los surcos profundos de las aguas
desnudo y solo, como se viste el miedo en las noches torrenciales
para dar cobijo a los niños que a duras penas duermen
a lomos de un caballo de madera blanca
o bajo una esclusa de astros
que nunca brilla,
ni se eleva nunca,
ni se abre.

El viaje más íntimo es el viaje del hombre por las regiones últimas,
el del amanecer manso de las farolas de gas y las calesas
en una carretera que late como dos pulmones enfermos.

Amanecieron los trópicos dormidos
y se llenaron los mercados,
enloquecieron las acacias que siembran el insomnio en sus troncos
y en sus raíces

junto a los valles de las tumbas y de los dioses y de los reyes
—aún hoy distantes—,
y fue cuando la sombra se elevó por los arquitecros de los templos
y fue cuando la sombra cruzó de puntillas las acequias
y fue cuando la sombra tensó los dolorosos hilos de las túnicas,
en los abrevaderos
donde bebe la multitud que vomita
y el río, entonces, nos enseñó inmenso su infancia y su gráfico oculto
y sus fauces.

Un niño con ojos grandes, con ojos grandes y abiertos,
un niño con nombre de río
que te mira,
que te mira y tiembla
y tiembla
y te tiende la mano.

Un niño sin peces no es un río
y las cavernas frías
sin el color azul de las profundidades
no son sino la música de la asfixia y del hambre y de la sed.

Y así,
con la mansedumbre cansada de los barcos,
pasó aquel ángel junto a la tarde,
junto a nosotros, en su pequeña nave de nube azul,
y su mirada, como una esponja abisal, se bebió todo el aserrín
que cubría la piel húmeda de las embarcaciones.

Más allá de los elefantes inmóviles,
más allá de la ciudad
y de los hoteles con misterio,
más allá del agotamiento y de las estatuas.
Sobre la soledad colosal del cauce
la derrota es frágil y es sorda la música
como lo es el barritar de las piedras de la infancia junto a la isla.

El agua del río tocó tu frente como nos toca el viento cálido,
anegó tu rostro
de ojos oscuros igual que el carbón en los desiertos negros.

Hacia la otra orilla del río,
más allá de los campos,
más allá de los palmerales,
más allá de la línea verde,
más allá de los émbolos que engrasan
la sonrisa y el llanto dentro y fuera de las aguas del río
no hay sino mudas lenguas de fuego,
sombras sobre la arena tristes,
y arden sobre la arena tristes las brújulas y los astrolabios y los correa-
jes
de las sandalias.

Al otro lado, donde perdieron sus flores los arbustos, no hay más
que arena roja y silencio
y unos ojos, transparentes como los de un pez,
que se agitan.

«BORNOVA»

Bornova es solo un nombre.

Tal vez
es el nombre de una bailarina rusa o de una marioneta con
mecanismo.

Tal vez es el nombre
de una de las amantes del soldado desconocido
que regresó a casa
igual que el hijo pródigo.

O quizás
lo viera, por primera vez, escrito en una de las lápidas
que descansan
en el Viejo Cementerio Judío de la Ciudad Vieja
o, tal vez,
en el Cementerio Alemán
de Yuste.

Bornova quizás es, tan solo, el nombre de una princesa
austrohúngara que montaba en monociclo
sin pedales
y sin salir
de los jardines de palacio.

Quizás
lo encontré en el interior de una botella de cristal de Bohemia
o en medio de las aguas del Moldava
antes de ir a la Ópera.

Tal vez
tan solo sea el nombre de un Barco de Vapor
—*The Bornova*—
que navegara por los Mares de Escandinavia, allá por el 1800.

O quizás, solo es el nombre de un paisaje lunar
al atardecer.

¡Oh, gran Bornova!

Eres el nombre de un pequeño río
en medio del silencio de un bosque, junto a un camino.

HE NADADO DE ESPALDAS

EN los atardeceres de verano junto al río
he visto
a jóvenes
que apuestan por la vida
—a cuerpo descubierto y cuerpo a cuerpo—
bajo el abrazo de los libros y los chopos.

He sentido una lengua líquida de besos
alzándose hacia el cielo rasante de mi boca
y un camino en forma de escalera
hacia lo hondo
y una nube de bogas fondeando
en las entrañas marrones de tus ojos.

He nadado de espaldas y a contracorriente
para ver
cómo se pasa la vida tan nadando,
para ver
cómo tan nadando se pasa el amor
y cómo
se
viene
tan nadando
la muerte.

(de *Largueza del instante*, 1988)

“LA CIUDAD”

Para Isa Palop y Javier La Beira

Siempre recordaré esta estación fría,
este invierno frío y lluvioso como pocos inviernos
hemos padecido en los últimos años.

La escritura, a veces, como la lentitud del paso de las estaciones
o la visita inoportuna del sufrimiento, se me antoja cuesta arriba,
y otras veces, soportable,
a duras penas.

Hoy me he levantado muy temprano.

Me he puesto los lentes.

He cogido mi paraguas y mi sombrero de paño azul oscuro.

He salido a la calle.

Llueve sin desconsuelo sobre los tejados de la ciudad y sobre el pavi-
mento de las avenidas, pero los tejados y las aceras y las lunas de los
escaparates y el ánimo aparecen ante mis ojos, aunque entre nubes, con
una transparencia que me deslumbra.

He vagado durante la temeridad de un instante por las arterias, aún so-
ñolientas, de la ciudad.

He recorrido sus lugares comunes y sus cajeros automáticos, sus tiendas
de todo a cien, sus gasolineras, sus parques, sus esquinas meadas por los
perros, sus relámpagos nuevos, sus rostros conocidos.

Siento debilidad por esta sensación de aislamiento sordo cuando vaga-
bundeó por el *big bang* de mi conciencia, cuando hago *footing* por los
agujeros que me dejan libres aquellos seres que olvidaron quitar el polvo
de los tejuelos de los libros, cuando puedo recuperar, al límite de mis
fuerzas, el amor que duerme aún en los blandos negativos de las fotogra-
fías y en el viejo proyector que me regaló mi padre.

He subido a casi todos los andamios, a casi todas las azoteas donde la
ropa, puesta a secar, se agita con la inocencia de un pez, ahora empapa-
da, en medio de un oleaje de antenas.

Me he bajado de casi todos los autobuses en marcha para medir mejor mi sombra y he seguido, casi a tientas, la madeja de plata en el laberinto de las calles, desde donde las pajaritas de papel y las aguanieves parten, cada primavera, hacia el nido de los encuentros y las despedidas.

El frágil pensamiento de los hombres —dicen los que entienden de estas inclemencias— se refleja en la profundidad clara de los azogues, en los espejos de las alcobas y en los bancos en soledad de los jardines y en las frías estatuas de las glorietas.

Pero el pensamiento frágil, que crece como crece la mañana bajo esta lluvia, se refleja también en los espacios vacíos, en los caserones ocupados o a través del pálpito en las miradas, y en la vejez de las arrugas, y en la infancia y en nuestra tenacidad sin límites.

Como en una gran ráfaga de vida —en continuo sobresalto—, han ido apareciendo ante la claridad de mis lentes las farolas entre la niebla, los zapatos desdibujados sobre las alcantarillas, los representantes de fármacos con sus trajes y sus maletines colmados de vacunas impecables, aquello que nunca fue noticia en los diarios, los péndulos de las relojerías y las esquelas, el poco fuego de la luz del sol a estas horas de la mañana bajo los paraguas, el calor naranja de las bombonas de butano, el recortable de las murallas sobre un cielo de zinc, las tiendas de moda y las bufandas y los trajes de neopreno para bucear por los amaneceres añiles de tus ojos, el aroma acrobático del café a la vuelta de las cuatro esquinas, el sonido, al rojo vivo, del claxon de un coche metalizado que se pierde fugaz, bajo el percal de la inocencia.

Y me ha venido ahora, de súbito, a esta cabeza mía, que no hace tanto tiempo,

por los andenes de nuestros corazones abiertos como palomas,
desfilaron
melancólicos niños acribillados
por el sarampión de los kaláshnikov,
mujeres que esperaban el grano maduro de la misericordia
mostrando sus pechos hinchados de ausencia
ante las carboneras de la fragilidad,
pasarelas de hierro transitadas para alcanzar —a regañadientes—
una palabra de comprensión,
puertas que no se cerraron nunca y candados que deberían ser abiertos,
rostros amarillos como el cerumen junto a las tapias,
cuerpos enjutos,
mofletes cual manzanas muertas
para la celebración de la derrota,
loros sobre el hombro lírico del silencio,
pulmones enfermos por haber olvidado
la fría pureza del aire,
la tortuga perdida en medio de un bosque de hadas,
el caracol y la luciérnaga en el muro verde de la niñez,
el borreguito blanco,
el bombín y los once palos de ciego,
la lechuza del arca,
el lagarto enjabonado y tendido al mediodía sobre la losa,
la muda puesta a secar
bajo la música de los gramófonos,
las máquinas expendedoras de chicles de colores y bengalas,
el sastrecillo valiente,
un río luminoso de flores blancas y una isla...

Así, he llegado a comprender que lo que algunos llaman el limbo mágico del lenguaje, la tahona donde se amasan las palabras, es un lugar habitado por ángeles y unicornios y narvales y papagayos de cualquier condición y cordura.

Sigue cayendo la lluvia sin desconsuelo sobre los tejados de la ciudad y sobre el pavimento de las avenidas, y sobre mi sombrero de paño azul, pero los tejados y las aceras y las lunas de los escaparates y el ánimo siguen mostrándose ante mis ojos, aunque entre nubes, con una transparencia que me deslumbra.

Siempre recordaré esta estación fría,
este invierno desapacible y lluvioso como pocos inviernos
hemos padecido en los últimos años.

La escritura, a veces, como la lentitud del paso de las estaciones o la visita inoportuna del sufrimiento, se me antoja cuesta arriba, y otras veces, soportable, a duras penas.

Hoy me he levantado muy temprano.
Me he puesto los lentes,
que quizás sean como los lentes de cualquiera de mis vecinos.
Me he sentado en el sillón, frente al único ventanal, y he contemplado
en silencio,
en el más rotundo de los silencios,
todas estas cosas.

La ciudad estalla limpia ante mis ojos. El tráfico no deja de rodar por
mi cabeza.

(de *Arrojar piedras*, 2011)

LA PIEDAD DE ALEPPO

UNOS ojos abiertos hacia un cielo de mármol / un aroma oscuro en la pupila / acude hacia mí la orfandad callada / siento una lezna clavándoseme / la luz ha sido devorada por los perros / el aliento no encuentra cristal en que alojarse / me siento a esperar contigo a las puertas del frío amanecer / los pensamientos se marchitan en un cuenco de nieve fugaz / bajo la lengua no tengo más que un puñado de llagas en carne muerta / un esqueleto de versos que agoniza para ser / ni unas monedas arrojadas al agua / ni un dedal robado al cielo añil mitiga el clamor de los huesos / bajo este frío extraño.

Una joven madre se derrumba calle arriba.

Llora.

Una rosa perdida ha herido el aire. Su mirada, su mandíbula inunda como una ventisca de dientes el vacío de la existencia: el hijo.

—¿Qué delito cometí?

(de *al Qarafa*, 2014)

SOMBRERO NEGRO

Roque Pérez Walias murió de tuberculosis corría el año de 1946.

Estoy aquí soy en este ser me levanto hacia el sol cada mañana desde mil novecientos sesenta soy en este ser clavo mi sombra en el papel y marco un círculo de orín sobre la tierra mi abuelo fue un tipo al que no conocí en vida por imperativo legal de una muerte buscona que se encaprichó de él y se lo llevó a conocer el mar cuando aún era tierra firme un galán de talle tenía la elegancia del amanecer en su solapa llevaba un sombrero negro lo que mi abuelo nunca pudo imaginar era que a todos nosotros la vida nos regalaría una caja de lápices blandos en la estación de las declinaciones y a mí —concretamente— una caja de cartón custodiada por un carcelero azul y un galgo corredor algunas pertenencias caídas de su alma una vara de mimbre para cardar nubes para hacer gritar el silencio en la humedad de la borra como un verso blanco tras otro verso una vara de mimbre un sombrero de ala con media pluma y una cinta de raso donde escribió de su puño y letra [“A María, La Mirona”] una vara de mimbre un traje almidonado de director de filmes mudos una vara de mimbre unos zapatos voladores con lengüetas de piel de cocodrilo pulcros como los espejos del Novelty para recorrer las palpitaciones de las estrellas mi abuelo apenas tenía piel bajo las uñas cuando partió hacia los límites de lo innombrable cuando dejó a mi padre seducido acaso por la gracia de una juventud preñada acaso en un monte de Venus mi abuelo del que heredé el arte de varear la borra al aire libre el don de marear palabras junto a los estribos del cielo el don de respirar la lluvia con cristales dentro de mis pulmones se quedó a vivir junto a mí hace ya más de mil primaveras en la testuz grana de un relámpago en la soledad ante la muerte y en la enfermedad respiratoria de los poetas se quedó muerto como de humo enterrado en su pálida melancolía que crepita aun hoy en el papel de liar la picadura en el don y en el silencio que crece junto al daño de la luz mi abuelo salió de casa una mañana feliz de junio para no regresar nadie supo explicarle a mi padre a dónde fue a dar con sus huesos ni a qué estante de mi casa ni en qué nicho de mi memoria se apiadaría de mí ni por qué se quedaría conmigo para siempre en este poema.

Roque Pérez Walias murió de tisis corría el año de 1946.

(de *W*, 2017)

LA PIEL

Cada día es un regato que viene hasta mis ojos y los unge, un lugar habitable con su azogue de fuga o su murmullo. Como reflejos anclados a la tierra, los árboles se nos parecen. Como reflejos sacados de un río más profundo, nos salen al encuentro en el atajo, acompañan nuestro andar. Son seres enhiestos, ángeles, remolinos de vertical presencia entre la bruma. La mirada de estos ángeles —igual que la mirada del que los mira—, ante la caricia del agua, se ofrece, se detiene. Un silencio verde asciende hacia otro silencio, el que nos llega del cielo como un venero de luz. La mirada de los árboles se entrega, se hace dócil en los remansos y en sus ocultos laberintos, en la memoria, en el vértigo del cauce y en su haz, en el espejo donde fuera arbolada la ausencia, en el pez, en la raíz, en el jilguero, en el aire. Junto al agua lunar he amanecido, el bosque me contempla líquido, verdadero. El bosque se mira en mí, y yo, absorto ante el hallazgo, me dejo caer lentamente a lo hondo. Bogo en la garganta que el ojo supo detener en un instante. La memoria del agua —no el agua— [me] sostenía.

(de *Escrito con luz*, 2017)



JAVIER PÉREZ WALIAS (Plasencia, 1960) es licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Extremadura. Desde la aparición de su primera entrega *Ceremonias del barro* (1988), Pérez Walias ha publicado entre otros, los siguientes libros de poemas: *Versos para Olimpia* (2003), *Los días imposibles (Tres figuraciones)* (2005), *Cazador de lunas (Seis aguafuertes de Juan Carlos Mestre con ocasión de Cazador de lunas de Javier Pérez Walias)* (2007), *Largueza del instante* (2009), Premio Bienal de Poesía «Provincia de León», reeditado en 2010 con pinturas de Javier Alcaíns, *Arrojar piedras* (2011), *Al Qarafa* (2014), *Escrito con luz* (2017), libro de fotografías de José Antonio Marcos y poemas de Pérez Walias y *W* (2017), editado por el sello hispano-mexicano Vaso Roto. Una amplia muestra de su poesía ha sido recogida en *Otrora. (Antología poética 1988-2014)* publicada en 2014 por la editorial Calambur, con selección y prólogo del poeta y crítico Eduardo Moga. Asimismo han aparecido trabajos de creación y crítica literaria de este escritor en publicaciones

como *El Maquinista de la Generación*, *Turia*, *Cuadernos del Matemático*, *Quimera*, *Poem* o *Suroeste* y en ediciones especiales y catálogos con los artistas plásticos Rafael Carralero, Juan Carlos Mestre, Javier Roz y Javier Alcaíns. En el año 2009 se le concede una beca por la UNEX para su incorporación temporal como escritor a dicha Universidad y su obra poética está representada en diversas muestras colectivas.

En palabras de Eduardo Moga, la poesía de Pérez Walias aúna el impulso narrativo y la representación simbólica, la construcción de un yo lírico coherente y la fulguración de lo incontrolado, el vislumbre de lo anómalo, o incluso de lo imposible.

1. Francisco Brines 2. Jorge Márquez / Miguel Murillo 3. Bernardo Atxaga
4. Ada Salas / María José Flores 5. Luis Landero 6. José Agustín Goytisolo
7. José Hierro 8. Juan José Millás 9. Justo Vila / Fco. José Vaz 10. Clara
Janés 11. Antonio Gamoneda 12. Félix Grande 13. Ana Rossetti 14. Luis
Mateo Díez 15. Dulce Chacón 16. Luis Antonio de Villena 17. Luis García
Montero 18. José Viñals 19. Manuel Martínez Mediero 20. Antonio Mar-
tínez Sarrión 21. Gustavo Martín Garzo 22. Jorge Riechmann 23. Juan
Carlos Mestre 24. Olvido García Valdés 25. Javier Tomeo 26. José Ma-
ría Merino 27. Irene Sánchez Carrón 28. Espido Freire 29. Rosa Regás
30. Felipe Benítez Reyes 31. Víctor M. Díez 32. Rufino Félix Morillón 33. Ana
María Matute 34. José Manuel Caballero Bonald 35. Ignacio Martínez
de Pisón 36. José Antonio Ramírez Lozano 37. Unai Elorriaga 38. Rafael
Chirbes 39. Carlos Marzal 40. Luis Alberto de Cuenca 41. Jesús Sánchez
Adalid 42. Juan Bonilla 43. Carmen Alborch 44. Agustín García Calvo
45. Almudena Grandes 46. Inês Pedrosa 47. Isaac Rosa 48. Fernando Bel-
trán 49. Ángel Campos Pámpano 50. Belén Gopegui 51. Benjamín Prado
52. Luisa Castro 53. Antonio Soler 54. Antonio Pereira 55. Basilio Sánchez
56. Ricardo Menéndez Salmón 57. José Luis Peixoto 58. Raúl Guerra Ga-
rrido 59. Santiago Castelo 60. Luis Eduardo Aute 61. Gonçalo M. Tavares
62. Eugenio Fuentes 63. Marina Mayoral 64. Suso de Toro 65. Cristina
Grande 66. Luis Felipe Comendador 67. valter hugo mæe 68. Jordi
Doce 69. Antonio Gómez 70. Déborah Vukusic 71. Joan Margarit i Con-
sarnau 72. Fernando Sanmartín 73. Andrés Neuman 74. Eladio Orta
75. Francisco Javier Irazoki 76. Ángel Petisme 77. Diego Doncel 78. Dante
Medina 79. José María Cumbreño 80. Pablo Guerrero 81. Enrique Falcón
82. Ferran Fernández 83. Daniel Casado 84. Irene Gruss 85. Luis Chaves
86. Uberto Stabile 87. Antonio Rigo 88. Nurit Kasztelan 89. David Pielfort
90. Ana Pérez Cañamares 91. Pilar Galán 92. Gsús Bonilla 93. Juan Ma-
nuel Barrado 94. David Eloy Rodríguez 95. Eduardo Moga 96. Esteve So-
ler 97. David Trashumante 98. David Castillo 99. Paco Gómez Nadal
100. Javier Lostalé 101. Ámbar Past 102. Itziar Pascual 103. Javier Pérez
Walias.

103

Asociación
de Escritores Extremeños